

Presagios de la vuelta de Cristo

Aunque la fecha de la vuelta de Cristo es indefinida, se nos han hecho saber los signos que la precederán. A ellos pertenecen: la predicación del Evangelio en todo el mundo, la conversión del pueblo judío, penalidades y tribulaciones de la Iglesia, la aparición del anticristo y el caos de la creación.

APARTADO 1.º

PREDICACION DEL EVANGELIO EN TODO EL MUNDO

Cristo no vendrá hasta que la Buena Nueva haya sido predicada en todo el mundo (*Mc.* 10, 13; *Mt.* 24, 14). Así ha sido determinado por Dios. Antes de que Cristo venga por segunda vez al mundo, los pueblos serán puestos ante la decisión del por o contra El. A su vuelta sólo podrá haber amigos o enemigos de Cristo. Los unos verán en El el rey largo tiempo deseado que por fin viene de la ciudad celestial y los otros verán el gran enemigo que dará brusca-mente fin a su poderío erigido con todos los medios de la fuerza y la mentira. No está profetizado que cada hombre en particular vaya a oír la predicación de Cristo antes del fin del mundo, ni que todos vayan a aceptarla; la predicación del Evangelio será hecha antes del fin a todos los grupos de hombres, a todos los pueblos. El individuo recibe a Cristo en cuanto miembro de su pueblo (cfr. *Mt.* 26, 28). Cristo ha sido preparado por Dios como salvación ante los ojos de los pueblos, luz para iluminación de los pueblos extraños (*Lc.* 2, 30-31). Es difícil determinar cuándo se cumplirá esta condición dicha

por Cristo. No puede decirse si ya está cumplida. No podemos determinar con seguridad lo grande y configurado que debe ser un grupo humano para que se le pueda aplicar el nombre de pueblo que Cristo usa. ¿Se refiere la profecía sólo a los grandes pueblos conductores que han decidido los destinos de la historia o también a todas las castas y tribus distintas dentro de un gran grupo? No puede darse respuesta segura. Podría decirse que según la profecía de Cristo se tendrá noticia de El en todo el mundo antes de que venga por segunda vez. Por tanto, a su vuelta no habrá ningún grupo humano grande, ningún pueblo que pueda decir que no conoce a Cristo.

Tampoco se puede decir si el fin ocurrirá inmediatamente después que el Evangelio haya sido predicado a todo el mundo. Sólo está profetizado que el fin del mundo no ocurrirá antes de que el Evangelio haya sido predicado a todos los pueblos. Pero con esa profecía es compatible que pase un largo período de tiempo entre la predicación del Evangelio a todos los pueblos y el fin del mundo.

APARTADO 2.º

CONVERSION DEL PUEBLO ELEGIDO

Del pueblo judío existe una profecía especial. La existencia del pueblo judío, cuyos miembros viven dispersos entre los demás pueblos sin asimilarse a ellos, y conservando sus características, es un enigma mientras se la mida con las medidas usadas para la historia de otros pueblos. Ese enigma sólo puede ser resuelto si en su historia se admite una especial intervención de Dios. Sus destinos no pueden explicarse por razones políticas, sino por su situación teológica (Peterson). El sentido de la pervivencia del pueblo judío en los designios de Dios es aclarado en la epístola a los Romanos. San Pablo ha sufrido lo indecible bajo el destino de su pueblo. Era el pueblo elegido por Dios y tenía la filiación, la magnificencia, la alianza con Dios, la ley, las promesas. De El descendió Cristo según su carne (*Rom.* 9, 1-5). Pero sus políticos y teólogos desconocieron las promesas y entregaron a la muerte a quien iba a cumplirlas por mandato del Padre. La última palabra pública que Cristo dirigió al pueblo judío, según San Marcos, fué palabra de justicia (*Mc.* 12, 30).

La masa del pueblo siguió a Cristo, aunque no entendía el sen-

tido más profundo de su obra y frente a la enemistad contra El que desde el principio manifestaron las clases dirigentes. La opinión pública estaba de parte de Cristo en tal mayoría que los Sumos Sacerdotes no se atrevieron a detener y juzgar a Cristo en público. Debieron temer una revuelta del pueblo (*Mc.* 11, 18. 32; 14, 1-2; 22, 1; *Mt.* 26, 5). Vieron el peligro de que bajo el influjo de sus milagros creyeran todos en El, se sometieran a sus exigencias mesiánicas y se desligaran de los que hasta entonces habían sido sus jefes. Por eso tenía que morir (*Io.* 2, 11, 46-50). Pero antes de que pudiera ser juzgado hubo que hacer cambiar la opinión pública. Después de muchos intentos fracasados de sorprender a Cristo públicamente, lograron los jefes excitar la pasión del pueblo contra Cristo, cuando Pilato, débil y deseoso de poner a Cristo en libertad dió a elegir al pueblo entre Cristo y Barrabás, que sin duda era una figura popular. Todo el pueblo participó así en la culpa de sus jefes. Todos se incorporaron a su responsabilidad. En la hora decisiva cargaron la culpa sobre sí, conscientes y con todas las consecuencias (*Mc.* 27, 25). Al juzgar y condenar a Cristo todo el pueblo selló la repulsa al mensajero de Dios que debía cumplir las promesas hechas al pueblo. Cayó así bajo la misma justicia que todos los que rechazan a Cristo incrédulamente (*Io.* 13, 18-19). Jerusalén desaprovechó su hora (*Lc.* 13, 25-30; 14, 24; 39, 48; *Io.* 12, 37; *Mt.* 12, 9-14; *I Thess.* 2, 14-16; *II Cor.* 11, 24).

La justicia empezó con la destrucción de Jerusalén y se continúa a través de la historia. Ese pueblo que está bajo la justicia de Dios no puede vivir ni puede morir. Así ve San Pablo la situación de su pueblo, del pueblo que ama y cuyo destino le duele. "Los primeros ocho capítulos de la epístola a los Romanos culminan en el himno de victoria de los elegidos (8, 37-38). Le sigue un silencio, el gran hiato de la epístola. San Pablo escucha alrededor de sí como un naufrago que se ha salvado con otros pocos en un pequeño bote, mientras que en torno la noche está llena de gritos de los que se ahogan. Después del largo silencio, el Apóstol sigue navegando con la triste concesión de fidelidad a Israel; llevo en el corazón una gran tristeza y una lamentación inacabable" (*Rom.* 9, 2; *Ez.* 9, 4; *Mt.* 5, 4) (Stauffer).

Pero después surge una esperanza segura de que seguirá siempre siendo igual. "Las actas de Dios sobre la historia de Israel no están cerradas todavía." La palabra divina de promesa no se ha hecho ineficaz porque el pueblo elegido se haya rebelado (*Rom.* 9, 6). Pues por una parte no todo el pueblo está endurecido y condenado.

Una parte, “un resto”, se ha convertido al Señor, y no ha sido repudiado. Y así puede decirse que Dios no ha repudiado al pueblo que ha elegido (*Rom.* 11, 2. 29; 11, 16-19). En los pocos que creyeron en Cristo se cumplieron las promesas. Ellos fueron el punto de partida de la comunidad de los que se convirtieron a la fe desde el paganismo. Así se ha mantenido la relación histórica entre lo antiguo y lo nuevo revelado en Cristo. Es cierto que la salvación ya no está ligada exclusivamente a Israel (*Mt.* 3, 9; *Lc.* 3, 8). El nuevo pueblo de Dios no se reúne entre los círculos del antiguo pueblo elegido, sino entre los pueblos paganos. La ciudad de Dios no es el centro del nuevo orden, pero sigue siendo su punto de partida (*Rom.* 11, 16-24; *II Cor.* 8, 14; *Io.* 4, 22). El “resto” salvado de Israel fué la raíz del árbol en que anidan las aves del cielo. Al árbol crecido de raíces viejotestamentarias le han nacido nuevas ramas, los pueblos paganos. Dios mismo sembró la raíz y no interrumpe su obra, sino que la continúa hasta el fin a través de todas las rebeldías humanas (*Rom.* 11, 11-24). Esta es la primera razón para la esperanza del Apóstol. La segunda es la siguiente: aunque la maldición acompaña al pueblo apartado de Dios, excepto una parte, a lo largo de la historia, y aunque esa maldición provoque justicia sobre justicia, terminará algún día; tiene su plazo, porque el endurecimiento también lo tiene. Llegará un día en que el pueblo encontrará y recorrerá el camino hacia Cristo. Si, a pesar de su dispersión entre los pueblos, ha sido conservado por Dios como signo de maldición, también es conservado como signo de la bendición divina, que al fin superará a la maldición. Entonces se cumplirán en él todas las promesas hechas desde el principio y que no pudieron cumplirse, porque se resistió y opuso a ellas. Entonces se revelará el amor de Dios en todo el pueblo convertido y no sólo en un “resto”. “Que los dones y la vocación de Dios son irrevocables” (*Rom.* 11, 29). Además, la oración de Cristo —“perdónales, Padre, que no saben lo que hacen”— fué más fuerte y eficaz que su grito de “su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos” (*Mt.* 27, 25; *Lc.* 23, 34).

Su aturdimiento y ceguera terminarán cuando haya entrado en el reino de Cristo el número completo de paganos (*Rom.* 10, 8; 11, 25). Cuando haya sido alcanzado ese número se desatarán las vendas que el pueblo tenía sobre los ojos del corazón para no reconocer a Cristo (*II Cor.* 3, 15). Entonces llegarán los últimos, quienes debían haber sido los primeros (*Mt.* 19, 30; 20, 16; *Mc.* 10, 31; *Lc.* 13, 30). Los paganos tienen que decir que “la salvación viene de los judíos” (*Io.* 4, 22). Y al fin de los tiempos los judíos tendrán

que decir que la salvación definitiva está ligada a la de los paganos. Y así se salvará todo Israel (*Rom.* 11, 26).

Así revelará Dios—que es Dios Padre—su fidelidad, que perdurará a través de la historia a pesar de las infidelidades humanas. Mientras no ocurra eso, Cristo no volverá. Cuando vuelva cumplirá lo que Dios prometió por boca de Isaías: “De Sión vendrá la salvación” (*Is.* 59, 20). Entonces acabarán las amenazas del Señor y se cumplirán sus promesas: “¡Jerusalén, Jerusalén! Que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados. ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, a la manera que la gallina reúne a sus pollos bajo las alas, y no quisiste! Vuestra casa quedará desierta, porque en verdad os digo que no me veréis más hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor” (*Mt.* 23, 37-39; cfr. *Lc.* 13, 33-35; *Ps.* 119 [118], 26). El hecho de que estas palabras se pronuncien en la fiesta de la Eucaristía de la Iglesia significa una anticipación de la hora en que el pueblo de Israel clamará al Señor cuando vuelva a la tierra. Ya una vez le aclamó parte del pueblo: cuando entró en Jerusalén para padecer (*Mc.* 11, 10; *Mt.* 21, 9). Cuando Cristo entre en el mundo para su triunfo último, todo el pueblo le aclamará.

APARTADO 3.º

LA GRAN APOSTASIA (EL ANTI-CRISTO)

1. Otro presagio de la vuelta de Cristo son los grandes esfuerzos que Satanás hace antes de la hora decisiva para dañar la obra de Cristo. Ya intentó apartar a Cristo de su misión, y después del fracaso de su tentación (*Mt.* 1, 40-41) empleó todas sus fuerzas para aniquilarle; también las emplea en la época instaurada por Cristo para aniquilar su obra y a los portadores de ella. *Los ataques a la libertad y a la vida* de los cristianos son los más sensibles, aunque no los más peligrosos. Cada vez serán más violentos hasta el final. Cristo no oculta a los suyos el destino que les espera. Serán entregados a los jueces paganos y judíos (*Mc.* 4, 17; 13, 13; *Mt.* 10, 22; *Lc.* 6, 22). El tentador, el contradictor, el calumniador pone en movimiento todas las cosas y todos sus recursos, para matar la santa palabra de Dios. “Reyes y dignidades, pseudo-místicos y pseudo-profetas están al servicio de la *civitas diaboli*” (Stauffer). Contra los discípulos de Cristo el diablo concita hasta a los familiares y paisa-

nos. Aunque los contrastes sean tan grandes como entre los judíos y los paganos, entre los dominadores romanos y los sometidos israelitas, Satanás sabe reunir a los más enconados enemigos en un frente común contra los que son fieles a Cristo. A todos ellos les es común la aversión al mensaje de que el mundo no lo es todo, de que no es lo último y definitivo, ni cerrado en sí, ni autónomo, sino que la gloria y honor de Dios son la última realidad. Ante tal mensaje el mundo se revela en toda su problematicidad. Quienes sólo creen en él se intranquilizan y desasosiegan, intentan recuperar su tranquilidad y seguridad eliminando a los molestos mensajeros. Los que creen en el mundo tienen que perseguir a los que creen en Cristo, por muy unidos que estén a ellos incluso por la sangre; la oposición del espíritu es más fuerte que la unidad terrena. La persecución de los cristianos por los mundanos no se funda en un malentendido ni en la torpeza o falta de táctica de los cristianos, sino en la esencia misma de la fe en Cristo y de la fe en el mundo.

Pero llega la hora en que está llena la medida del pecado y la medida del dolor. Todo perseguidor provoca la ira de Dios. Todo perseguido provoca la salvación de Dios. Toda persecución es, por tanto, una alusión al fin, e incluso una aceleración de él (*Mt.* 25, 10).

Los sufrimientos provocan el fin, porque todo mártir contribuye a acercar el límite de la crueldad y a conseguir, por tanto, la meta de la historia (*Phil.* 1, 28; *II Thess.* 1, 3; *I Pet.* 14, 17). Cada mártir contribuye a llenar la medida divina de castigo y expiación por los pecados, a apartar la ira de Dios y a que irrumpa el día de la gracia (*Col.* 1, 24). Los sufrimientos de los cristianos son los dolores del parto de un mundo nuevo; son presagios del fin de este mundo y del principio del "cielo nuevo" y de la "tierra nueva". Nadie sabe quién será el último mártir. Pero la historia camina hacia el punto culminante del odio y del dolor. Cuando llegue a él, sobrevendrá el fin.

2. El ataque más grave de los poderes satánicos no se dirige contra la vida, sino *contra la fe de los cristianos*. Y ocurre lo increíble: tiene grandes éxitos (*II Thess.* 2, 2; *II Tim.* 3, 1-9). Los hombres se establecen sobre la tierra, como que fuera su patria eterna; se olvidan de que son peregrinos y extranjeros; intentan hacer su vida sin Cristo y sin su ley (*I Io.* 2, 3-28). Resucitarán muchos tentadores prometiendo salvación a los hombres. Se harán pasar por salvadores y los hombres creerán que pueden prescindir de Cristo, que es la verdadera salud y salvación. Los pseudoredentores usur-

parán la dignidad mesiánica de Cristo. Hasta se revestirán con los vislumbres de lo religioso. Vendrán entre el oscuro brillo de lo luminoso. Se apoderarán de lo numinoso que actúa en el mundo contra su origen y parentesco divinos.

Se necesita entonces el don de la discreción de espíritus. Quien no le tenga, podrá caer en los engaños de los falsos cristos. Será grande el número de los desertores. Sólo quien tenga el don de distinguir espíritus podrá darse cuenta del tono inauténtico de la afirmación "yo soy", que harán todos los falsos cristos (*Mc.* 13, 5-6). Los falsos mesías intentarán hacer fidedignas sus pseudopromesas con grandes signos y maravillas. Sus milagros harán la impresión de que Dios los avala, mientras que el abandono y debilidad de los cristianos darán la impresión de que Dios se aparta de ellos. Pero en realidad todos los portentos de los poderes satánicos son milagros aparentes (*Mc.* 13, 21-23).

a) Las artes seductoras de Satán llegarán a su punto culminante cuando irrumpa en el tiempo la abominación de la desolación. Con estas palabras tomadas de Daniel (9, 27; 11, 31) describe Cristo, según dicen los evangelistas (*Mc.* 13, 14; *Mt.* 24, 15), los esfuerzos satánicos que preceden al fin. La expresión "abominación de la desolación" alude en Daniel a la estatua de Júpiter puesta en el templo judío por Antíoco IV el año 168 antes de Cristo, con la consiguiente profanación del templo. Según el texto de San Marcos, la expresión se refiere a un poder personal, a una persona. Probablemente son profetizadas las matanzas crueles con que profanaron el templo los judíos Celotes durante el sitio de Jerusalén. Pero también podría aludir a un poderoso enemigo de Cristo, que erige su trono en el templo mismo y se sienta en el puesto de Dios. Usurpa lo que sólo a Dios corresponde. Probablemente Cristo alude a ambos sucesos, ya que las crueldades de los celotes son el prelude de la profanación del templo por el anti-Cristo. Cuando ocurra la última profanación del templo de Dios, los discípulos deberán dirigir su mirada hacia Cristo que viene.

b) En la segunda *Epístola a los Tesalonicenses* se habla con más claridad de una persona que seducirá a los hombres para que interpreten el mundo y se entiendan a sí mismos desde sí mismos y no desde Dios o desde Cristo: "Por lo que hace a la venida de nuestro Señor Jesucristo y a nuestra reunión con El, os rogamos, hermanos, que no os turbéis de ligero, perdiendo el buen sentido, y no os alarméis ni por espíritu ni por discursos, ni por epístola, como si

fuera nuestra, que digan que el día del Señor es inminente. Que nadie en modo alguno os engañe porque antes ha de venir la apostasía y ha de manifestarse el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición, que se opone y se alza contra todo lo que se dice Dios o es adorado, hasta sentarse en el templo de Dios y proclamarse dios a sí mismo.

¿No os recordáis que estando entre vosotros ya os decía esto? Y ahora sabéis qué es lo que le contiene, hasta que llegue el tiempo de manifestarse. Porque el misterio de iniquidad está ya en acción; sólo falta que el que le retiene sea apartado. Entonces se manifestará el inicuo, a quien el Señor Jesús matará con el aliento de su boca, destruyéndole con la manifestación de su venida. La venida del inicuo irá acompañada del poder de Satanás, de todo género de milagros, señales y prodigios engañosos y de seducciones de iniquidad para los destinados a la perdición, por no haber recibido el amor de la verdad que los salvaría. Por eso Dios les envía un poder engañoso para que crean en la mentira y sean condenados cuantos, no creyendo en la verdad, se complacen en la iniquidad.

Pero nosotros debemos dar incesantes gracias a Dios por vosotros, hermanos amados del Señor, a quienes Dios ha elegido desde el principio para haceros salvos por la santificación del Espíritu y la fe verdadera. A ésta precisamente os llamó por medio de nuestra evangelización, para que alcanzaseis la gloria de nuestro Señor Jesucristo (*II Thess. 2, 1-13*).

Antes del fin ocurrirá, pues, la gran apostasía que consiste en que los hombres ya no creerán en Dios ni se confiarán a su gobierno, sino que creerán en la tierra y en las fuerzas de la tierra. La fe en el mundo sustituirá a la fe en Dios; al hombre le bastarán la tierra y su magnificencia. Es la actitud que en la modernidad ha ocupado cada vez con más intensidad los corazones y espíritus de los hombres y se ha convertido en poder de primer rango en los movimientos de masas de signo materialista.

Según la segunda epístola a los Tesalonicenses, Dios envía a los ateos un jefe y guía que los hunda más en el ateísmo. Todos los anteriores tiranos son precursores suyos. Se hace con muchos adeptos. Es enemigo de Dios, que exige a los hombres adoración y sometimiento. El "sin ley" se hace rey e incluso Dios. Sus seguidores no estarán sin fe ni adoración. El hombre tiene una necesidad invencible de adorar. Pero los que creen en el mundo adoran al superhombre venido de la tierra y desprecian al verdadero Dios; esperan del superhombre lo que los cristianos esperan de Cristo. En realidad, pue-

de llenar en gran parte la esperanza de los mundanos y así se justifica. Hará obras admirables y los hombres serán cegados y seducidos por el esplendor de ellos. Así se cumple lo que Cristo profetizó (Io. 5, 43): muchos verán en sus obras maravillosas la confirmación celestial del mensaje de que él es el salvador. Intentará con éxito legitimarse como mesías y demostrar que es el cumplidor de la religión. Y así destruye la fe en Cristo y, sin embargo, satisface la indestructible necesidad humana de lo divino, de lo numinoso. Su seducción logra aquí su máximo triunfo: combate a Cristo en nombre de la religión, en nombre de Dios. Predica lo divino como el revés misterioso del mundo. Los seducidos por él pueden así satisfacer su necesidad de adoración volviéndose a él. La adoración sólo debida al verdadero Dios se dirige en una deformación abismal a su opuesto, al anti-Dios. Cuando se hace pasar por Cristo imita simiescamente la vuelta de Cristo. La anticipa en una pseudopredicación. Sólo los que están llenos de amor a la verdad podrán descubrir sus maniobras engañosas y permanecer vigilantes para el Mesías verdadero todavía no revelado.

Según San Pablo, el "sin ley" está ya actuando; en la lucha de los fariseos y teólogos judíos contra Cristo estaba ya actuando. Todavía no ha aparecido, pero su espíritu aparece en los falsos mesías ya antes de su manifestación. Uno tras otro bajan todos al sepulcro sin lograr exterminar a los cristianos. Pero siempre surgen nuevos seductores y perseguidores. Al final vendrá uno que será la encarnación del odio a Cristo. Según la descripción de San Pablo su llegada será dificultada por un gran poder de orden. No se puede decir con seguridad a quién se refiere San Pablo. Los Santos Padres pensaron en el imperio romano, que a pesar de todo protegió el orden jurídico y pareció conservar en toda la tierra una paz semejante a la paz de Cristo. Los medievales creyeron que tal poder era el sacro imperio romanogermánico. La teología moderna piensa en las potestades angélicas. Se atribuye en especial al arcángel San Miguel la función que en la antigüedad se atribuía al imperio romano y en la Edad Media al sacro imperio.

La palabra "contradictor" recoge la profecía del AT. En el libro de Daniel (11, 36) se describe casi con las mismas palabras que usa San Pablo la profanación del templo y autodeificación de Antíoco Epifanes. Ezequiel (28, 2) condena al igualmente soberbio rey de Tiro. Pero los textos viejotestamentarios trascienden su significación históricotemporal y aluden al futuro. Se trascienden a sí mismos, porque como todo el AT son profecías. Los reyes citados

hacen lo que siempre se ha hecho contra Dios en la historia. El hombre orgulloso y autónomo siempre se negará a conceder a Dios el honor que le es debido y siempre buscará su propia gloria. La historia será siempre el campo de la lucha de la "gloria Dei" y de la "gloria mundi". El caudillo de quienes propugnan la "gloria mundi" es Satanás. Actúa en todos los odiadores de Dios y en todos los idólatras, pero actúa ocultamente desde el fondo. Sobre todo, puede actuar en los poderosos de la tierra, los cuales, cuando se rebelan contra Dios, ofrecen a Satán una ocasión especialmente favorable para la corrupción del mundo.

"Los reyes de la tierra olvidan demasiado rápidamente que no son más que portadores del oficio del rey celestial, y entonces se exceden en la tarea histórica, que Dios les ha confiado... Olvidan que las armas de la política son impotentes frente a las últimas y verdaderas necesidades del hombre; y entonces se tienen por reyes salvadores y redentores y se nombran a sí mismos salvadores... Olvidan que son hombres culpables y que necesitan todos los días el perdón para su actividad política; y se dejan adorar como dioses... Olvidan que son mortales y que su trabajo político siempre será perecedero y caduco; y se ufanan de la perennidad de su obra... Olvidan la gloria de Dios y le disputan el honor... La comunidad de quienes sólo honran a Dios les irrita y la persiguen con ira creciente, impugnadores de Dios, monstruos del diablo... Cuando la *civitas terrena* en lucha contra los demonios del caos sucumbe a su propio demonio, el papel histórico del poder político se convierte en su contrario: de baluarte contra el Anticristo, se convierte en trono y centro del Anticristo... en *civitas diaboli*" (Satuffer).

c) Lo que San Pablo llama "contradictor" es llamado por San Juan "Anticristo", palabra que no se encuentra en San Pablo, aunque lo que él llama contradictor juega el mismo papel que el Anticristo en San Juan. El Anticristo ataca al cristianismo en su mismo centro; niega que Jesucristo sea el Mesías, el Salvador (*I Io. 2, 22*). San Juan lo describe como seductor del mundo, que promete a los hombres la salvación de este mundo, de sus riquezas y gloria; le ve ya actuando (*I Io. 4, 3; II Io. 7*). Su actividad es para el vidente el signo de que se acercan los últimos tiempos. Según San Juan ha habido ya muchos Anticristos (*I Io. 2, 18*). El mundo está lleno del mensaje y artes seductoras de los Anticristos.

Por la descripción del Anticristo que hace San Juan se puede suponer que no piensa primariamente en un contradictor personal de Cristo, como pensaba San Pablo, sino en el espíritu anticristiano, en una atmósfera anticristiana, en un sentimiento vital anticristiano. Tiene a la vista la actitud anticristiana de quienes pecan contra

el Espíritu Santo, rechazando fundamental y conscientemente a Cristo y su ley. El pecado operante en esta actitud del espíritu logra su pleno desarrollo en el contradictor profetizado por San Pablo.

Lo dicho del contradictor en la segunda epístola a los Tesalonicenses y del Anticristo en las epístolas de San Juan aparece con su última y terrible figura en las visiones llenas de horror y crueldad del Apocalipsis.

El vidente describe así su visión: "Se apostó sobre la playa del mar. Vi como salía del mar una bestia, que tenía diez cuernos y siete cabezas, y sobre los cuernos diez diademas y sobre las cabezas nombres de blasfemia. Era la bestia que yo vi semejante a una pantera, y sus pies eran como de oso, y su boca como la boca de un león. Dióle el dragón su poder, su trono y una autoridad muy grande. Vi a la primera de las cabezas como herida de muerte, pero su llaga mortal fué curada. Toda la tierra seguía admirada a la bestia. Adoraron al dragón, porque había dado el poder a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia? ¿Quién podrá guerrear con ella? Díósele asimismo una boca que profiere palabras llenas de arrogancia y blasfemia, y fuéle concedida autoridad para hacerlo durante cuarenta y dos meses. Abrió su boca en blasfemias contra Dios, blasfemando de su nombre y de su tabernáculo, de los que moran en el cielo. Fuéle otorgado hacer la guerra a los santos y vencerlos. Y le fué concedida autoridad sobre toda tribu, y pueblo, y lengua, y nación. La adoraron todos los moradores de la tierra, cuyo nombre no está escrito, desde los principios del mundo, en el libro del Cordero degollado. Si alguno tiene oídos, que oiga. Si alguno está destinado a la cautividad, a la cautividad irá; si alguna mata por la espada, por la espada morirá. En esto está la paciencia y la fe de los santos. Vi otra bestia que subía de la tierra y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como un dragón. Ejerció toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella e hizo que la tierra y todos los moradores de ella adorasen a la primera bestia, cuya llaga mortal había sido curada. Hizo grandes señales hasta hacer bajar fuego del cielo a la tierra delante de los hombres. Extravió a los moradores de la tierra con las señales que le fué dado ejecutar delante de la bestia, diciendo a los moradores de la tierra que hiciesen una imagen en honor de la bestia, que tiene una herida de espada y que ha revivido. Fuéle dado infundir espíritu en la imagen de la bestia, para que hablase la imagen e hiciese morir a cuantos no se postrasen ante la imagen de la bestia, e hizo que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos, se les imprimiese una marca en la mano derecha y en la frente, y que nadie pudiese comprar o vender, sino el que tuviera la marca, el nombre de la bestia o el número de su nombre" (*Apoc.* 12, 18-13, 18).

Del mismo modo que nosotros vemos en sueños ciertos sucesos importantes, San Juan ve bajo la imagen de dos *bestias* al Anticristo y a sus profetas, a sus teólogos. Puede decirse, sin duda, que en la

visión que se le concede aparecen las protofiguras del mal que el hombre posee en el hondón de su propia intimidad como tipos de lo antidivino. Gracias a la visión, son en cierto modo exteriorizadas, traídas a la realidad exterior. Caben en las imágenes transmitidas por el AT y la historia de su tiempo. Para la descripción de las figuras de las bestias le prestan valiosos colores y líneas la pintura del dominador antidivino ofrecida en el libro de Daniel (7, 1-2). En su visión encontramos además elementos tomados de la situación del imperio romano, aunque los animales no simbolizan ni el imperio romano ni cualquier otro poder mundano antidivino.

Pero ni los prototipos del mal subyacentes en el vidente mismo ni los elementos procedentes de su fe y de su conocimiento de la historia y del tiempo bastan, sin embargo, para explicar las imágenes que nos da del poder satánico. Lo decisivo es la revelación de Dios, que se reviste del estilo humano del Apóstol. Todos los conocimientos y modos de visión, todas las formas e imágenes que en él había se convirtieron en recipiente de la revelación divina, en medio para que Dios manifestara el sentido y transcurso de la historia. De modo semejante los sueños son símbolos y formas de lo que en anhelo y angustia vive en el corazón y espíritu de los hombres. ¿Qué es lo que se revela en esas imágenes de terror?

La primera bestia que San Juan ve salir del mar, abismo de todos los terrores, es símbolo de un dominador de los últimos tiempos que hace la lucha contra los cristianos con poder y brutalidad sin precedentes, con llamamientos militares, poder político y gran cultura, o mejor, con cultura aparente; será fundador de un imperio que se extenderá por todos los pueblos y en el que se suprimirán todas las manifestaciones de culto a Dios y se obligará con todos los medios de la mentira y del poder a adorar al dominador.

El hecho de que el Anticristo sea visto en figura de bestia simboliza a la vez su fuerza sobrehumana y su carácter infrahumano. Por lo que respecta al carácter infrahumano hay que decir que el hombre deja de vivir humanamente cuando se libera de Dios. "Es la vieja verdad de que la humanidad sin divinidad degrada hasta la bestialidad."

Lo sobrehumano aparece poco a poco ante los ojos del vidente: despacio y terriblemente el animal va emergiendo de las olas. Lleva símbolos de poder, de dominación, de saber. Todo en él es pavoroso y terrible, enorme e informe. Los cuernos son símbolo de la fuerza irresistible y del placer de atacar. La ambición y el hambre de poder se encarnan en él elevados a la suma potencia. Es significativo que

San Juan no vea una figura de animal de las conocidas por nosotros. La bestia es algo raro y extraño; no es ninguna de las que conocemos; lleva en sí los elementos de horror de varios: el salvajismo y astucia del leopardo, la peligrosa voracidad del oso, la avidez de rapiña del león, rey de la selva, se unen en ella. La insolente rebelión contra todo lo santo se manifiesta ya en su aspecto. Las inscripciones de su corona, probablemente en sus diademas, son caricaturas vanidosas de las ínfulas del Sumo Sacerdote y del Logos divino—jinete en caballo blanco—, que “lleva muchas diademas y un nombre que nadie más que él mismo conoce” (*Apoc.* 19, 12). En sus blasfemias se expresa su ateísmo; exige propiedades y títulos que sólo a Dios competen. El hombre que se niega a ser lo que Dios ha llamado “hombre” (*Phil.* Dessauer), que se ha entendido a sí mismo como bestia rubia y animal de presa y que ha hecho violentos intentos de cría racista de hombres es pisoteado por la desconsideración “del astuto y tosco imperio que todo lo devora, del poder mundano dominado por instintos bestiales y de figura y formas bestiales” (Dessauer).

El animal se rebela contra Dios y no para exterminar del mundo la fe religiosa; conoce bien la indestructible necesidad de Dios que tiene el hombre y cuenta con ella. No quiere, por tanto, destruir la fe religiosa, sino desviarla hacia él; es un usurpador; quiere revestirse a sí mismo del nimbo de lo divino.

La bestia es feudo de Satanás. El dragón le ha entregado todos sus poderes. Es representante de Satanás en la tierra; de él viene su poder (cfr. *Lc.* 4, 6; *Jud.* 9).

Poco después de la visión de la bestia, San Juan había oído el grito airado de Satanás contra el pueblo de Dios. En el capítulo 12 describe *la lucha del dragón contra la mujer del cielo*. La mujer ha emergido en un claror como si el sol fuera un manto que rodeara sus hombros. Bajo sus pies brilla como en actitud obediente la luna. En torno a su cabeza chispea como diadema una corona de luz de doce estrellas. Una vida nueva va a nacer de su seno. También ella está bajo el juicio de Dios, como lo están todas las madres desde el pecado original (*Gen.* 3, 16). Los dolores de parto de la mujer que está en la claridad celeste son tan grandes, que su grito resuena por todo el universo y San Juan lo oye en la tierra. ¿Quién es esta mujer extraordinaria? Se ha pensado en María. Tomado al pie de la letra no puede referirse a María, aunque puede aplicarse a ella traslaticamente. El texto no se ajusta a María, porque el parto ocurre ante todo el universo y entre grandes dolores. Es símbolo del pue-

el Espíritu Santo, rechazando fundamental y conscientemente a Cristo y su ley. El pecado operante en esta actitud del espíritu logra su pleno desarrollo en el contradictor profetizado por San Pablo.

Lo dicho del contradictor en la segunda epístola a los Tesalonicenses y del Anticristo en las epístolas de San Juan aparece con su última y terrible figura en las visiones llenas de horror y crueldad del Apocalipsis.

El vidente describe así su visión: "Se apostó sobre la playa del mar. Vi como salía del mar una bestia, que tenía diez cuernos y siete cabezas, y sobre los cuernos diez diademas y sobre las cabezas nombres de blasfemia. Era la bestia que yo vi semejante a una pantera, y sus pies eran como de oso, y su boca como la boca de un león. Dióle el dragón su poder, su trono y una autoridad muy grande. Vi a la primera de las cabezas como herida de muerte, pero su llaga mortal fué curada. Toda la tierra seguía admirada a la bestia. Adoraron al dragón, porque había dado el poder a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia? ¿Quién podrá guerrear con ella? Díósele asimismo una boca que profiere palabras llenas de arrogancia y blasfemia, y fuéle concedida autoridad para hacerlo durante cuarenta y dos meses. Abrió su boca en blasfemias contra Dios, blasfemando de su nombre y de su tabernáculo, de los que moran en el cielo. Fuéle otorgado hacer la guerra a los santos y vencerlos. Y le fué concedida autoridad sobre toda tribu, y pueblo, y lengua, y nación. La adoraron todos los moradores de la tierra, cuyo nombre no está escrito, desde los principios del mundo, en el libro del Cordero degollado. Si alguno tiene oídos, que oiga. Si alguno está destinado a la cautividad, a la cautividad irá; si alguna mata por la espada, por la espada morirá. En esto está la paciencia y la fe de los santos. Vi otra bestia que subía de la tierra y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como un dragón. Ejerció toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella e hizo que la tierra y todos los moradores de ella adorasen a la primera bestia, cuya llaga mortal había sido curada. Hizo grandes señales hasta hacer bajar fuego del cielo a la tierra delante de los hombres. Extravió a los moradores de la tierra con las señales que le fué dado ejecutar delante de la bestia, diciendo a los moradores de la tierra que hiciesen una imagen en honor de la bestia, que tiene una herida de espada y que ha revivido. Fuéle dado infundir espíritu en la imagen de la bestia, para que hablase la imagen e hiciese morir a cuantos no se postrasen ante la imagen de la bestia, e hizo que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos, se les imprimiese una marca en la mano derecha y en la frente, y que nadie pudiese comprar o vender, sino el que tuviera la marca, el nombre de la bestia o el número de su nombre" (*Apoc.* 12, 18-13, 18).

Del mismo modo que nosotros vemos en sueños ciertos sucesos importantes, San Juan ve bajo la imagen de dos *bestias* al Anticristo y a sus profetas, a sus teólogos. Puede decirse, sin duda, que en la

visión que se le concede aparecen las protofiguras del mal que el hombre posee en el hondón de su propia intimidad como tipos de lo antidivino. Gracias a la visión, son en cierto modo exteriorizadas, traídas a la realidad exterior. Caben en las imágenes transmitidas por el AT y la historia de su tiempo. Para la descripción de las figuras de las bestias le prestan valiosos colores y líneas la pintura del dominador antidivino ofrecida en el libro de Daniel (7, 1-2). En su visión encontramos además elementos tomados de la situación del imperio romano, aunque los animales no simbolizan ni el imperio romano ni cualquier otro poder mundano antidivino.

Pero ni los prototipos del mal subyacentes en el vidente mismo ni los elementos procedentes de su fe y de su conocimiento de la historia y del tiempo bastan, sin embargo, para explicar las imágenes que nos da del poder satánico. Lo decisivo es la revelación de Dios, que se reviste del estilo humano del Apóstol. Todos los conocimientos y modos de visión, todas las formas e imágenes que en él había se convirtieron en recipiente de la revelación divina, en medio para que Dios manifestara el sentido y transcurso de la historia. De modo semejante los sueños son símbolos y formas de lo que en anhelo y angustia vive en el corazón y espíritu de los hombres. ¿Qué es lo que se revela en esas imágenes de terror?

La primera bestia que San Juan ve salir del mar, abismo de todos los terrores, es símbolo de un dominador de los últimos tiempos que hace la lucha contra los cristianos con poder y brutalidad sin precedentes, con llamamientos militares, poder político y gran cultura, o mejor, con cultura aparente; será fundador de un imperio que se extenderá por todos los pueblos y en el que se suprimirán todas las manifestaciones de culto a Dios y se obligará con todos los medios de la mentira y del poder a adorar al dominador.

El hecho de que el Anticristo sea visto en figura de bestia simboliza a la vez su fuerza sobrehumana y su carácter infrahumano. Por lo que respecta al carácter infrahumano hay que decir que el hombre deja de vivir humanamente cuando se libera de Dios. "Es la vieja verdad de que la humanidad sin divinidad degrada hasta la bestialidad."

Lo sobrehumano aparece poco a poco ante los ojos del vidente: despacio y terriblemente el animal va emergiendo de las olas. Lleva símbolos de poder, de dominación, de saber. Todo en él es pavoroso y terrible, enorme e informe. Los cuernos son símbolo de la fuerza irresistible y del placer de atacar. La ambición y el hambre de poder se encarnan en él elevados a la suma potencia. Es significativo que

San Juan no vea una figura de animal de las conocidas por nosotros. La bestia es algo raro y extraño; no es ninguna de las que conocemos; lleva en sí los elementos de horror de varios: el salvajismo y astucia del leopardo, la peligrosa voracidad del oso, la avidez de rapiña del león, rey de la selva, se unen en ella. La insolente rebelión contra todo lo santo se manifiesta ya en su aspecto. Las inscripciones de su corona, probablemente en sus diademas, son caricaturas vanidosas de las ínfulas del Sumo Sacerdote y del Logos divino—jinete en caballo blanco—, que “lleva muchas diademas y un nombre que nadie más que él mismo conoce” (*Apoc.* 19, 12). En sus blasfemias se expresa su ateísmo; exige propiedades y títulos que sólo a Dios competen. El hombre que se niega a ser lo que Dios ha llamado “hombre” (*Phil.* Dessauer), que se ha entendido a sí mismo como bestia rubia y animal de presa y que ha hecho violentos intentos de cría racista de hombres es pisoteado por la desconsideración “del astuto y tosco imperio que todo lo devora, del poder mundano dominado por instintos bestiales y de figura y formas bestiales” (Dessauer).

El animal se rebela contra Dios y no para exterminar del mundo la fe religiosa; conoce bien la indestructible necesidad de Dios que tiene el hombre y cuenta con ella. No quiere, por tanto, destruir la fe religiosa, sino desviarla hacia él; es un usurpador; quiere revestirse a sí mismo del nimbo de lo divino.

La bestia es feudo de Satanás. El dragón le ha entregado todos sus poderes. Es representante de Satanás en la tierra; de él viene su poder (cfr. *Lc.* 4, 6; *Jud.* 9).

Poco después de la visión de la bestia, San Juan había oído el grito airado de Satanás contra el pueblo de Dios. En el capítulo 12 describe *la lucha del dragón contra la mujer del cielo*. La mujer ha emergido en un claror como si el sol fuera un manto que rodeara sus hombros. Bajo sus pies brilla como en actitud obediente la luna. En torno a su cabeza chispea como diadema una corona de luz de doce estrellas. Una vida nueva va a nacer de su seno. También ella está bajo el juicio de Dios, como lo están todas las madres desde el pecado original (*Gen.* 3, 16). Los dolores de parto de la mujer que está en la claridad celeste son tan grandes, que su grito resuena por todo el universo y San Juan lo oye en la tierra. ¿Quién es esta mujer extraordinaria? Se ha pensado en María. Tomado al pie de la letra no puede referirse a María, aunque puede aplicarse a ella traslaticamente. El texto no se ajusta a María, porque el parto ocurre ante todo el universo y entre grandes dolores. Es símbolo del pue-

blo de Dios, del que nació el Mesías, es decir, primariamente conviene a "Israel según la carne". Su destino era regalar el Salvador al mundo; esa vocación le proporcionó dolores y sufrimientos como los de las madres (cfr. *Gal.* 4, 26). Con el pueblo de Dios del AT está en estrecha relación la Iglesia neotestamentaria. La mujer envuelta en claridad celestial simboliza también la Iglesia. En cuanto madre parturienta simboliza a Israel, en cuanto mujer perseguida y fugitiva representa el pueblo de Dios del NT.

La mujer es perseguida por el gran dragón color de fuego. En el mundo simbólico de muchos pueblos el poder enemigo de Dios al principio o al final de los tiempos es representado como dragón o monstruosa serpiente de varias cabezas. El dragón es el símbolo más frecuente del diablo. El color rojo de fuego alude a su puesto en el fuego del infierno, pero también a la sed de sangre del asesino de hombres (*Io.* 8, 44; *I Io.* 3, 12). Es el príncipe más infatuado de este mundo. Pretende imitar y superar los signos mayestáticos de Dios. En él se descubre y actúa el horrible misterio de la malicia. Agitado como una serpiente, se detiene delante de la mujer para devorar el niño en cuanto nazca; si lo logra, su poderío estará asegurado; pero si fracasa está perdido para siempre. Es un momento de extrema tensión. La victoria de Satanás parece inevitable. ¿Qué puede una desvalida mujer contra su terrible fuerza? Cuando quiere demostrar su fuerza irresistible en una exhibición sensacional, sacude la cola y barre un tercio de las estrellas del firmamento y las precipita sobre la tierra (cfr. *Dan.* 8, 10). Con eso consigue un fin accesorio; las estrellas le son odiosas, porque dan luz y son testimonios del orden cósmico; Satanás ama las tinieblas y el caos; es el corruptor del mundo. Pero ocurre lo inesperado: no le toca la victoria a Satanás. El niño es llevado al cielo. El vidente alude así a la ascensión del Señor. Lo que hay entre el nacimiento y la ascensión no se mienta. Esto tiene su razón. Sólo importan las grandes relaciones. Dios ha permitido que a Cristo le ocurrieran muchas desgracias durante su vida terrena, pero por fin Satanás ha sido sometido. Eso es lo importante y esencial. La victoria de Dios contra el terrible ataque de los poderes infernales está asegurada. A pesar de la resistencia y oposición del enemigo, Cristo ha logrado los fines queridos por Dios.

La ira de Satán crece con su derrota. Está convencido de que su poder llegará pronto a su fin. Mientras le es permitido quiere luchar con el más extremado fanatismo. Intenta destruir todo lo que pueda destruir. "Se enfureció el dragón contra la mujer, y fuése a

hacer la guerra contra el resto de su descendencia, contra los que guardan los preceptos de Dios y tiene el testimonio de Jesús" (*Apoc.* 12, 17).

En la visión del animal se describe la lucha del dragón contra los cristianos. Ha confiado todo su poder a la bestia del mar, al anticristo, que empeña todo su poderío contra Cristo y los cristianos. Nada es santo en él. Suenan terribles las injurias contra el cielo y contra todo aquello cuyo nombre está escrito en las listas de ciudadanos del cielo, contra todos los que no son meros creyentes en la tierra y en el mundo. A quien no se deja apartar de Cristo por los insultos y sarcasmos, la bestia le declara la guerra. Lo incomprensible es que Dios conceda a la bestia esa posibilidad. Incluso ocurre algo más incomprensible todavía: el dominador antidivino vence sobre la comunidad de Dios. Dios se lo permite.

El aumento de poder, el éxito y los logros culturales de la bestia obran en los hombres como un hechizo. Caen de rodillas y la adoran. El animal exige honores divinos. Exige para sí lo que pertenece a Dios y a Cristo. El Anticristo se presenta como Dios y salvador. Imita a Cristo en todo. Intenta imitarle simiescamente hasta en su muerte y resurrección. Lo mismo que el Cordero que se sienta en el Trono, tiene todavía las llagas (*Apoc.* 5, 6); lo mismo que Cristo murió y, sin embargo, vive por toda la eternidad, la bestia lleva también una herida mortal y, sin embargo, vive. Da la sensación de que se ha sacrificado por la salvación de los hombres hasta la muerte y de que ha vencido la muerte. ¿Qué se le puede negar? Ahora puede el Anticristo, encarnación de Satanás y el más opuesto a Cristo, exigir para sí todo lo que hasta ahora ofrecieron al Señor los que creían en la muerte y resurrección de Cristo. Los habitantes de la tierra prorrumpen en himnos y cantos de alabanza a la bestia y a los oídos del vidente suenan horribles las diabólicas parodias del gran cántico bíblico de alabanza con que en otro tiempo cantó el pueblo al Señor de la historia. ¿Quién puede compararse al animal y quién puede luchar con él? (cfr. *Ex.* 15, 11; *Ps.* 89 [88], 7. 9; 113 [112], 3). El Anticristo es el señor del mundo; mediante él Satanás es señor del mundo. La adoración tributada al Anticristo es adoración a Satanás (*Ps.* 96 [95], 5; *I Cor.* 10, 20; *Apoc.* 9, 20). Aunque el diablo está siempre actuando para inclinar a los discípulos a apostasía, al final de la historia tendrán éxitos quienes pongan todo el mundo a sus pies.

Presagio y símbolo de este poderío mundial es—según el Apocalipsis (11, 3-13)—el asesinato de los dos "testigos". Antes del fin

Dios ofrece al orgulloso mundo una posibilidad más de que abran sus ojos y se conviertan de las tinieblas a la luz y de Satanás a Dios, para que por la fe en Cristo reciban el perdón de sus pecados y participación entre los santos (*Act.* 26, 18). Los testigos, introducidos en el capítulo 11, reciben de Dios la misión de predicar el evangelio de Cristo y de arriesgar su vida por él. Del mismo modo que el Bautista antes de la primera venida de Cristo llegó a dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por ella (*Io.* 1, 18); antes de la segunda venida de Cristo vendrán también dos testigos que deberán preparar a los hombres para los últimos acontecimientos. Desde Malaquías son esperados esos testigos precursores de la venida del Mesías. Al principio no se distinguían en esa espera la primera y segunda venida de Cristo (*Dt.* 18, 15; 3, 1-3, 23; *Ecle.* 48, 10; cfr. *Mc.* 6, 15; 8, 28; 9, 11; *Mt.* 11, 10. 14). Los dos testigos son, sin duda, las personas enviadas por Dios y no la personificación de dos funciones de la Iglesia. Son ungidos de Dios y luces celestes de la verdad. En sus manos está el ramo de olivo de la paz y en sus bocas la palabra de Dios. Están protegidos por el Señor del cielo. Por eso la resistencia de los hombres no puede impedirles que cumplan su misión. Sin embargo, cuando su tarea está cumplida, Dios permite que Satanás, el dragón, los mate. Mueren por su mensaje; Dios permite su muerte y permite también la profanación de sus cadáveres. Satanás hace en ellos lo más horrible que en opinión de los antiguos puede hacerse a un cadáver: hacer que queden insepultos por las calles y mercados de la "gran ciudad". Deben ser abandonados al desprecio de todos. Así se va a demostrar la superioridad del poder anticristiano. San Juan ve que este asesinato y profanación de los testigos enviados por Dios ocurre en Jerusalén. Jerusalén fué la ciudad de la más poderosa presencia de Dios y a la vez del más terrible odio a El. Para San Juan apostasía de Cristo significa lo mismo que ocupación de la ciudad Jerusalén, consagrada a Dios, por el enemigo de Dios. En la visión significan para él lo mismo la muerte y profanación de los testigos y la profanación de la ciudad de Jerusalén, lugar de especialísima presencia de Dios. Con eso no se dice que estos sucesos vayan a ocurrir también históricamente en Jerusalén. Los mundanos se alegran tanto de la muerte de los testigos de Dios que prorrumpan en cantos de júbilo y se hacen regalos unos a otros. El suceso más jubiloso que les podía haber ocurrido, porque los testigos de Dios eran para ellos una continua intranquilidad y molestia. Ahora están libres de los revoltosos e intranquilizadores y pueden sentirse

tan seguros como los jefes de Israel cuando Pilato acató su voluntad y llevaron a Cristo a la cruz. Pero ocurre algo distinto. Dios resucitó a su Hijo encarnado y también resucita a vida gloriosa a los dos testigos. Los muertos vuelven. Son más poderosos que los vivos que los ajusticiaron. Los terrestres se dan cuenta de que han calculado mal. La angustia los invade. Los testigos resucitados no siguen su interrumpida tarea, sino que son raptados de la tierra a la gloria de Dios. Los asesinos de su intranquilizador mensaje descansan por fin, pero sellan así su propia condenación.

El asesinato de los dos testigos es, por tanto, preludeo y símbolo de la victoria sobre los santos. El triunfo de los poderes satánicos parece ser perfecto y definitivo después de esta victoria. La mujer del cielo, el pueblo de Dios, ha huído al desierto (*Apoc.* 12, 6. 14). El santuario está cercado de paganos (*Apoc.* 11, 2). Pero la apostasía y la destrucción no han terminado. Queda una pequeña comunidad de los que adoran al Padre en espíritu y en verdad (*Io.* 4, 23). Es reservada para la victoria del Cordero (*Apoc.* 11, 1; 3). La vida pública está dominada por la adoración al Anticristo. La adoración del verdadero Dios ha desaparecido de la vida pública; pero sigue haciéndose a pesar de todo. Los cristianos oyen lo que Dios profetizó en el AT por boca de Jeremías: "Y si te preguntan: ¿Adónde hemos de ir? Respóndeles: Así dice Yavé: El que a la mortandad, a la mortandad; el que a la espada, a la espada; el que al hambre, al hambre; el que al cautiverio, al cautiverio" (*Ier.* 15, 2). En la lucha que los cristianos hacen por la causa de Dios, El parece estar de parte de los enemigos. Pero cuando llegue la hora determinada, dará la victoria a los suyos. Hasta entonces hay que esperar y perseverar. En el silencio y confianza está la fuerza (*Is.* 30, 15).

A las violencias del primer animal se suman las *actividades* propagandísticas del segundo. "El animal primero representa al Anticristo en cuanto dominador escatológico, encarnación diabólica, portador de todo poder político enemigo de Dios, perseguidor el más diabólico del reino de Dios; a él se une el animal de la tierra, figura de profeta, personalidad que es el resumen y representante diabólico de toda cultura intelectual antiodivina y anticristiana y predicadora de una religión estatal que está al exclusivo servicio del Anticristo y desligada totalmente del Dios personal. Cristo había hablado de la multitud de falsos cristos y falsos profetas (*Mc.* 13, 22). En el Anticristo se reúnen los atributos de las distintas figuras falsas de salvadores y poderes enemigos; y en este animal de la tierra se reúnen las características de los falsos profetas." El animal

parece un cordero; tan pronto como abre la boca se observa que no es cordero, sino dragón. Está caracterizado por la contradicción entre sus apariencias y su ser. Su esencia más íntima es la hipocresía. Está estrechamente emparentado con el padre de la mentira (*Io. 8, 22*). Se le ha encargado la propaganda contra Cristo y los suyos y a favor del Anticristo y la hace dejando persistir las palabras y símbolos cristianos, pero llenándolos de contenido nuevo y anticristiano. Sigue hablando de Dios y de la salvación, pero en esas palabras infiltra el nuevo sentido satánico. La gran masa no se da cuenta del cambio, porque los recipientes siguen siendo los mismos. Tanto mejor ocurre la seducción desde la verdad a la mentira. Cristo instauró el reino de Dios de palabra y de obra (*Lc. 24, 19; Mc. 2-4; Act. 7, 22*) y también el profeta de la mentira seduce al mundo con palabras y obras. Hace maravillas fantásticas. Las masas ansiosas de milagros y sedientas de sensacionalismos entran en sus cálculos. No es que se ría de la fe en los milagros como de una superstición, sino que abusa de ella. Hasta hace llover fuego del cielo. Le sirven de ayuda su gran conocimiento de la naturaleza y su habilidad técnica. Así legitima su poderío y su mensaje. “¿Quién puede dudar de él todavía, si hasta el fuego del cielo, el rayo, obedece sus palabras? La cristiandad, para la que no cae ningún rayo del cielo, que sufre indefensa y muere desvalida, parece haber sido refutada.”

La propaganda tiene éxito. El propagandista erige incluso una imagen de culto. Será un símbolo del poder y perpetua presencia del dominador anticristiano del mundo. Según una idea muy difundida en la época helenística, en la imagen del culto está presente el dios o el dominador, a quien esté dedicada. Quien se niega a adorarla, es eliminado. No tiene derecho a vivir en la comunidad de adoradores del animal; es boicoteado económicamente o matado. Los paganos pueden preguntar, sarcásticos: ¿Dónde está vuestro Dios? Y cuando los cristianos contestan: “Está nuestro Dios en los cielos y puede hacer cuanto quiere. Sus ídolos son plata y oro, obra de la mano de los hombres. Tienen boca y no hablan, ojos y no ven. Orejas y no oyen; tienen narices y no huelen. Sus manos no palpan, sus pies no andan, no sale de su garganta un murmullo” (*Ps. 115 [113], 3-7*), los paganos pueden decir que ese Dios parece estar de su parte, ya que les concede éxito.

Los adoradores del Anticristo profesan el culto a su falso dios mediante un signo externo; quien no lleva el signo, se descubre como enemigo del culto público. La posibilidad de neutralidad está

excluída. Nadie puede evadirse entre la masa. Quien no lleva el signo en la frente o en la mano derecha se traiciona como no perteneciente a la religión estatal totalitaria y a la comunidad totalitaria anticristiana.

Los horrores que San Juan describe en el Apocalipsis, no faltan del todo en la historia del Cristianismo. Pero cuando esa historia se acerque a su fin tales horrores alcanzarán una medida desconocida hasta entonces. Los frentes se delimitan con tal claridad y precisión que no queda nadie fuera de la lucha. No hay posibilidad de huída. Nadie puede emigrar. Cuando se llegue a una situación en que nadie pueda hacer vida privada al margen de la lucha, sino que sea público el grupo a que pertenece, la vuelta del Señor no estará lejos.

Concluyendo podemos decir: el Anticristo intentará crear un nuevo orden mundano, que estará configurado al margen de Cristo e incluso en violenta lucha contra El. Es una figura política. Es el dictador de la humanidad reunida en una organización totalitaria. A la vez es un revolucionario religioso. El Anticristo y su teólogo, armados de una extraordinaria capacidad mental y de un poderío asombroso, pretenderán demostrar que Cristo es el mayor enemigo de la humanidad. El Anticristo se interpretará a sí mismo e interpretará su obra religiosamente, fundando un nuevo mito, una nueva religión natural. Al final de los tiempos se enfrentarán, pues, una fe y otra fe. El escándalo será casi inevitable. Aquellos a quienes Dios mismo no abra los ojos y fortalezca el corazón, caerán en el hechizo del poder sobrehumano de Satán. Los perseverantes recorrerán el último trozo sangriento del camino de la historia en confiado sosiego y fidelidad y paciencia. Cuando se cumpla el número de los mártires, volverá Cristo (*Apoc.* 6, 11). El Anticristo puede retrasar la vuelta del Señor; el diablo puede tener influencia en el ritmo y velocidad de la historia.

La mayoría entiende al Anticristo como una personalidad concreta. Esta comprensión se mueve totalmente en el marco de la comprensión total de la Historia Sagrada, pues pertenece a su estructura fundamental el ser soportada por personalidades históricas individuales y el que sus contradictores sean también personalidades individuales. También pertenece a su transcurso el hecho de que la lucha entre los portadores de la Historia Sagrada y los de la historia de la desgracia se haga más amarga e implacable cuanto más se acerca la hora de la vuelta de Cristo. Estaría en contradicción con este carácter de la Historia Sagrada creer que el Anticristo es una figura mitológica. Por otra parte, el Anticristo es el expo-

nente y fomentador terrorista del espíritu anticristiano que por su parte se apoya en numerosos hombres particulares. Estos pueden ser llamados en sentido amplio Anticristos.

Aunque no es fácil *identificar* una determinada figura política de la historia como el Anticristo profetizado en la Escritura, la concentración de poderes extraordinarios en una sola mano, la mayoría de las veces en manos de un tirano, hace sospechar que en el tirano se cumple la profecía. A medida que el mundo entero se reúna y organice en una estructura unitaria de poder, parece más probable que el político que lo domine cumpla la función del Anticristo. Aunque la concentración de poder no es mala en sí, sino que puede ser puesta al servicio del bien, ofrece una posibilidad demasiado grande de ejercer el poder en sentido anticristiano. En las prognosis tantas veces hechas actualmente sobre la venida del Anticristo, siempre existe la convicción de que será el dominador del mundo. Su llegada supone sistemas totalitarios. En cierto modo, la situación para el Anticristo es hoy mucho más favorable que en los tiempos pasados. Donoso Cortés dijo, en evidente anticipación, a mediados del siglo pasado: "La humanidad camina a grandes pasos hacia el destino del despotismo... Tal despotismo logrará un poder rayano en lo gigantesco... Desarrollará una capacidad de destrucción que superará todas las anteriormente conocidas... Hoy están allanados los caminos para un imperio de tiranos de gigantesca grandeza, de dimensiones colosales, terribles, capaces de transformar el mundo" (*Sobre la dictadura*, discurso de 4 de enero de 1849).

Aunque el Anticristo se vislumbra más claramente a medida que el poder se concentra, no podemos llamar Anticristo con seguridad a una determinada personalidad histórica, porque actualmente no podemos prever si en el futuro ocurrirán concentraciones de poder mayores y más terribles. Sólo cuando ocurra el fin, se podrá ver retrospectivamente y decir con certeza quién fué el Anticristo. Pero se podría afirmar que tiene sus precursores y se podría sospechar que son las poderosas figuras de la política anticristiana. El cristiano no será sorprendido por ninguno de ellos, porque sabe por la Sagrada Escritura que están llegando incesantemente.

Agreguemos todavía que la idea del Anticristo perdió su poder escatológico en la Edad Media al ser identificado no con una figura del futuro, sino con una del presente y con determinadas personalidades de la política o de la Iglesia. La idea del Anticristo se convirtió así en centro de polémica y perdió su seriedad. Cuando los amalricanos, hacia 1200, equipararon el papado al Anticristo,

bajo la influencia de la filosofía y teología de la historia de Joaquín de Fiore, O. F. M. (Petrus Johannes Olivi, Angelo de Clarenó), el papado y la Iglesia romana fueron combatidos como Anticristos. Esta tesis fué decididamente repetida por Wicleff y Hus.

Desde 1522 Lutero defendió con gran pasión la idea de que el papa era el Anticristo, porque falsificaba el Evangelio y ponía su propia autoridad sobre la palabra de Dios. Mientras que la interpretación luterana del papado era aprovechada como arma importantísima en la lucha confesional de la Reforma, sobre todo por el centurión de Magdeburgo (Flacius), en el neoluteranismo se aminoró la identificación viendo en el papado un precursor del Anticristo. La teología católica de controversia se mantuvo lejos de la tesis de que Lutero fuera el Anticristo. Sin embargo, lo llamó su precursor. El pietismo cree que todo cristianismo petrificado es el Anticristo. Véase H. Tüchle, Art. *Antichrist*, *LThK* (1957, 2.ª edic.), 636-38.

APARTADO 4.º

ESTADO CAOTICO DEL MUNDO

El Anticristo intenta crear un orden político, económico y religioso unitario que abarque a todo el mundo. Pero, aunque los hombres casi sin excepción reciban jubilosamente el programa de un estado, una economía, una religión, pronto tendrán que darse cuenta de que el orden del Anticristo es un falso orden, que lleva en sí el germen del terror y de la confusión (cfr. Solowjow, *Kurze Erzählung vom Antichrist*, 1946).

El Anticristo usa el poder concentrado en él para la *destrucción* y no para la construcción. Del mismo modo que la rebelión de los hombres al principio de su historia se ha demostrado como enemiga de la vida, el poderío del Anticristo, formado al fin de los tiempos, provocará también la destrucción fatal del mundo. No será capaz de producir el orden ateo al servicio del hombre, instaurado en nombre del mundo y no en nombre de Dios (*Io.* 5, 43), sino que provocará el caos. El Anticristo, que promete al mundo una gloria anticristiana, en vez de traer un paraíso, hará del mundo un cementerio. No podría ser de otra manera. El Anticristo es el lugarteniente del corruptor y embaucador del mundo (*Apoc.* 10, 12; *Doctrina de los*

Doce Apóstoles, 16, 4). El contradictor pone en movimiento contra la comunidad de Cristo los poderes enemigos de la creación: guerra, hambre y muerte. Pero los poderes caóticos desencadenados se vuelven contra él mismo. El mundo configurado por el Anticristo está condenado a la autoaniquilación. La peste, el hambre y la guerra, el terremoto y el granizo, las epidemias, la muerte y el tormento son presagios de la vuelta de Cristo. Siempre habrá tribulación; pero, cuando la historia llegue a punto muerto de forma que los hombres se encuentren sin salida y estén rígidos de desesperación, volverá el Hijo del Hombre.

Cristo profetizó las tribulaciones venideras en su discurso sobre el juicio final. Se sirve para ello en gran parte de las ideas apocalípticas contemporáneas. Ya hemos citado los textos anteriormente.

El fin del mundo se ve con especial claridad, y a la vez es obrado, en la muerte de Cristo. Como Cristo es el segundo Adán (*I Cor.* 5, 45), su vida, muerte y resurrección tienen importancia decisiva para toda la creación. Cristo creó un nuevo comienzo para la humanidad y para el cosmos, y a la vez puso fin con ello a su figura actual. En su muerte se representa y confirma la inevitable caducidad de la creación. Si El mismo, Hijo de Dios, entrado en la historia humana a que en su núcleo personal más íntimo no tenía parte alguna en la muerte, se tuvo que someter al destino de la muerte en la naturaleza humana asumida por El y formada de la materia de la tierra caída en maldición, no hay esperanza alguna para la creación de poder sustraerse al destino mortal. La cruz selló de nuevo su destino de muerte. En la cruz de Cristo la muerte reveló su validez íntima y su indiscutible seriedad.

Desde que fué levantada en el mundo la cruz de Cristo, la caducidad del mundo aparece más que antes como ineludible elemento estructural de la creación. "Pasa la apariencia del mundo" (*I Cor.* 7, 31). La cruz de Cristo es el centro del mundo que atrae hacia sí toda la realidad. Expresión de esta situación son todas las catástrofes. En la destrucción de ciudades y casas, en la catástrofe de países y reinos se revela continuamente que el cosmos está bajo la ley del Gólgota. El cuerpo moribundo de Cristo se dibuja en la destrucción a que están entregadas las cosas de este mundo. Por la cruz de Cristo está condenado en último término al fracaso cualquier intento del cosmos de alcanzar su figura definitiva por sus propias fuerzas. El mundo existe en estado de decadencia. Es una realidad en demolición.

Así se entiende que las epístolas de los apóstoles hablen de la

inminente catástrofe de la creación como de un evidente suceso del futuro. En ella acentúan la relación existente entre la caducidad del hombre y la caducidad del mundo material. Según la descripción de la Escritura, el hombre es responsable de la creación. Esta participa del destino del hombre. Pues el hombre es la idea primera y preferida de Dios. Todo lo demás fué pensado y creado por Dios por amor al hombre. Cfr. la doctrina de la creación.

Con máxima claridad atestigua esta situación San Pablo. Escribe a los romanos (8, 18-22): "Tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros; porque el continuo anhelar de las criaturas ansía la manifestación de los hijos de Dios, pues las criaturas están sujetas a la vanidad, no de grado, sino por razón de quien las sujeta, en la esperanza de que también ellas serán libertadas de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera hasta gime y siente dolores de parto."

Como hemos visto en la doctrina de la creación, a las criaturas no humanas tampoco las ha sido prometida la libertad de la muerte. Pero antes del abuso de la creación por parte del hombre la muerte tenía para el mundo otra significación. Era el modo en que una cosa servía a otra con evidente entrega hasta ser consumida en su propio ser y vida. Por el pecado, en cambio, fué introducida en la creación la muerte, que es una imagen del pecado, que, por tanto, es absurda para la mirada superficial del hombre ignorante del pecado (*Rom.* 5, 12). La caducidad es representativa para la creación. A cualquier parte que se vuelva la mirada del hombre encuentra caducidad y corrupción. La creación no puede dar la vida gloriosa ni representarla simbólicamente. Todo lo que puede producir es vida mortal. La creación presta al hombre su servicio mortal contra su voluntad.

Algún día se cumplirá radicalmente el destino de muerte en la creación misma. A la vez se cumplirá el servicio mortal que presta al hombre en la aniquilación a que será entregada por su ateísmo (*Apoc.* 6; 8; 9; 11; 15; 16).

Como el pecado es la causa de que se agudizara el destino caduco de la creación, este destino significa para el mundo un estado extraño. San Pablo oye justamente cómo la creación gime bajo este estado. Presiente cómo anhela la creación su libertad. Como el hombre es el centro decisivo del cosmos, el anhelo de la creación por su libertad se convierte en anhelo por la liberación del hombre.

Si el hombre desoyera esa lamentación de la naturaleza, si tratara de explicarla desde el punto de vista científico exclusivamente, no sólo demostraría una falta de sensibilidad, sino que haría injusticia a la naturaleza y faltaría a la responsabilidad que tiene frente a ella.

Según el *Apocalipsis* de San Juan, llega la hora en que el cielo y la tierra huirán del hombre hacia la catástrofe (*Apoc.* 20, 11). San Juan ve hundirse el actual modo de existencia, la forma existencial de nuestra experiencia. Nada se conservará de ella en el nuevo eón. Las "primeras" cosas desaparecen (*Apoc.* 21, 4. 1).

El testimonio de la Sagrada Escritura sobre el fin del mundo sólo será rectamente entendido si tal fin es considerado como un proceso de transformación, como los dolores del parto (*Rom.* 8, 22) de una nueva figura de la creación. Esto se expresa claramente en los textos citados hasta ahora. Se ve con especial claridad en unas palabras de la segunda *Epístola de San Pedro*. Dice: "Pero vendrá el día del Señor como ladrón, y en él pasarán con estrépito los cielos, y los elementos, abrasados, se disolverán, y asimismo la tierra con las obras que en ella hay. Pues si todo de este modo ha de disolverse, ¿cuáles debéis ser vosotros en vuestra santa conversación y en vuestra piedad, en la expectación de la llegada del día de Dios, cuando los cielos, abrasados, se disolverán, y los elementos en llamas se derretirán? Pero nosotros esperamos otros cielos nuevos y otra tierra nueva, en que tiene su morada la justicia, según la promesa del Señor" (*II Pet.* 3, 10-13).

El *Apocalipsis* continúa las profecías de Cristo en terribles visiones. En los símbolos de los cuatro jinetes (*Apoc.* 6, 1-8) se revelan la necesidad y la desgracia que pertenecen al tiempo mesiánico de la salvación, porque a él pertenecen los poderes de la muerte y del diablo ya derrotados, pero no aniquilados. El vidente contempla cómo sobre la tierra no puede irrumpir ninguna desgracia, si Dios no lo permite. El primer jinete monta un caballo blanco. Cabalga de victoria en victoria. Es símbolo del imperialismo y militarismo. Hace la guerra por amor a la guerra, para satisfacer su sed de poder, para esclavizar a los pueblos y dominar el mundo. Al segundo jinete, que cabalga en caballo bayo, se le ha dado el poder de arrebatarse la paz. Enciende la lucha de todos contra todos. Los hombres rabian unos contra otros en guerras civiles. Sigue el jinete del caballo negro. Trae consigo la carestía y el hambre. El último caballo lívido de color verdoso-amarillento lleva el peor jinete: la muerte. Hace triunfante su cosecha, cuando una

cuarta parte de la tierra se ha convertido en campo de cadáveres (*Apoc.* 6, 8). Los cuatro jinetes están al servicio del Omnipotente. El los llama y El los detiene. Son precursores del juicio final.

A los portadores históricos de desgracias se unen los *poderes funestos de la naturaleza*. Son precursores y preludio del fin del mundo. Cristo lo profetizó y San Juan ve su actividad. Los hombres se paralizan de terror ante la irrupción de los poderes naturales, de terremotos y tormentas, trastornos del cielo y de la tierra y ya no queda nada de su anterior seguridad y creencia de que nada necesitaban. La angustia hace iguales al rey y al esclavo. Los portadores del poder político, económico, militar y social quedan tan desvalidos como los pobres y pequeños. "Los reyes de la tierra, y los magnates, y los tribunos, y los ricos, y los poderosos, y todo siervo, y todo libre se ocultaron en las cuevas y en las peñas de los montes. Decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros y ocultadnos de la cara del que está sentado en el trono y de la cólera del Cordero, porque ha llegado el día grande de su ira, ¿y quién podrá tenerse en pie?" (*Apoc.* 6, 15-17). La desgracia es tan terrible que los vanidosos y conscientes pecadores se esconden en las cavernas y en las grietas de las rocas como animales atemorizados y prefieren ser enterrados entre las moles de piedra a ser llamados al juicio de Dios. Sienten que en las catástrofes naturales los llama Dios, que fué llevado al matadero como un cordero, que fué insultado con risas y sarcasmos y era débil porque quería ser débil, pero que ahora se presenta airado y haciendo temblar a sus enemigos (*Lc.* 19, 27).

La corrupción saldrá de todos los elementos que están al servicio del hombre. Tierra y mar, ríos, olas, estrellas, agua, fuego, hierro se convertirán en instrumentos de la justicia divina (*Apoc.* 8, 7-12; 9, 1-19). Es especialmente significativo el hecho de que los árboles serán destruídos, ya que a ellos está unida la esperanza de vida; su muerte sella el fin de esa esperanza (cfr. la narración paradisíaca del árbol de la vida y la parábola de la vida y de los sarmientos). Los hombres buscarán la muerte para escapar de tan terribles tormentos, pero la muerte los huirá.

Quien inflige todo eso a los hombres es el príncipe del infierno, que tiene las llaves del abismo. Los hombres le han vendido su alma al desligarse del dominio de Dios y él ejerce sobre sus sometidos un poder atormentador. Pero también él es instrumento de Dios, que quiere convertir a los hombres antes del fin de su historia. Pero los hombres no se convertirán, aunque la justicia de Dios les infunda angustia y temor, sino que se obstinarán en su orgullo.

Prefieren la vida independiente y atea a la adoración de Dios y aguantan el tormento, que es peor que la muerte (*Apoc.* 9, 20). El misterio del pecado se revela aquí en toda su abismal incomprendibilidad. En vez de reconocer los justos juicios de Dios, los hombres se rebelan furiosos contra El. Habían creído poder ignorarlo y reírse de El impunemente y ahora son pisoteados, porque Dios no permite que se rían de El. Pero su furor es el grito de un impotente (*Ps.* 2, 4).

APARTADO 5.º

IMPORTANCIA DE LOS SIGNOS

La Revelación testifica que los sucesos descritos precederán a la segunda venida de Cristo, pero no dice cuánto tiempo pasará entre ellos y la vuelta de Cristo. Tampoco nos pone en situación de decir que una determinada situación histórica cumpla las profecías de Cristo. En cierto sentido, las profecías de Cristo se cumplen en cada generación. Por eso pudieron los primeros cristianos tener por inminente la vuelta de Cristo en razón de sus experiencias históricas, y lo mismo pensaron los del año mil, y los del siglo XVI y lo mismo piensan los cristianos de nuestros días. Cada generación puede sospechar que los presagios se cumplen en su tiempo. Pero sería desmesurado querer afirmar categóricamente que tal día es el tiempo profetizado por Jesús. Ocurrirá cuando menos se espere, lo mismo que la primera venida de Cristo sorprendió a los contemporáneos, a pesar de las profecías del AT. Cristo aparecerá a la vez que el día tanto tiempo esperado y deseado y los cristianos no se asustarán; en él sentirán el cumplimiento de todas las esperanzas que, en parte conscientes y en parte inconscientes, vivieron siempre en sus corazones.

Los presagios no son invalidados a pesar de su incertidumbre. Para quien oye en la fe, las palabras del Señor son amonestaciones de continua vigilancia; recuerdan que el Señor puede venir a cualquier hora, que el tiempo debe ser aprovechado. Aunque Cristo tarde todavía dos mil años, no hay ninguna garantía de que el mundo vaya a durar milenios. Los signos comprendidos e interpretados por la fe enseñan a ver los acontecimientos a la luz de la vuelta del Señor. Eliminan la tentación de vivir demasiado seguros y tranqui-

MICHAEL SCHMAUS

los en este mundo y en su cultura, de confiar en un continuo progreso, de considerar las catástrofes como simples accidentes pasajeros, de creer que la vuelta del Señor es una posibilidad lejana e indeterminada. Aunque se puede sospechar que es inverosímil que el tiempo de la humanidad redimida dure sólo dos mil años, cuando el de la humanidad irredenta duró muchos milenios, aunque es probable que la Iglesia esté en su infancia, se nos exige continua vigilancia y preparación.

La vuelta del Señor implica la plenitud definitiva de la creación. Tal plenitud definitiva, por su parte, es un proceso corporal y colectivo (no colectivista) y un estado de él proveniente. La creación llegará a plenitud cuando sea reformada conforme a la imagen de su Cabeza. Pero esto implica la glorificación corporal y la comunidad de todos los santos. Nadie vive, por tanto, en plenitud definitiva y felicidad perfecta antes de la resurrección de los muertos y de la plenitud de los predestinados.